

EL ARPA DEL CREYENTE.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

REFLEXIONES GENERALES

SOBRE LA

Literatura Contemporánea.

AVES DEL ALMA,

POESÍAS

de Don Ramon de Campoamor

QUESTION es muy agitada por los primeros críticos la deducción filosófica de la literatura del siglo XIX. Pretenden unos que derrocados el materialismo, la fuerza y el cálculo, que imperaban desde mediados del pasado siglo la literatura, merced á los escritos de Mr. Chateaubriand y Mad.^e de Stael, se vá revistiendo de un carácter religioso, blando, sublime y altamente humanitario, que nunca hasta aquí ha tenido, en razon á los escrúpulos que antes se opusieran á los que intentaban tratar asuntos místicos, y citan en prueba de su aserto las obras de Mr. de Genoude, Lamartine, Dronineau Ana-María, etc., etc.

Otros, por el contrario, partidarios exclusivos de la literatura de épocas anteriores, sostienen, que si existe ese espíritu, es mas bien en hipócrita apariencia que en el corazón, y que si se echa mano de tales asuntos, es para tra-

tarlos como una nueva mitología: reprueban mil dudas que su susceptibilidad descubre en esos escritos, y se querellan tristemente del caos incomprensible en que hoy se halla sumergida la imaginación humana, que ora emplea el fuego seductor de la poesía apasionada y mil ingeniosas utopías y solismas para dar atractivo al crimen y á la desmoralización, y ora al contrario, insiste rigidamente sobre todos los defectos sociales, haciendo sudar las prensas con obras sabiamente legislativas y filosóficomorales. Continúan despues esos críticos dando por causa de tal desorden la falta de un dogma religioso cualquiera que respondiese positiva y sistemáticamente á cuantas preguntas hiciera el hombre sobre las relaciones que le unen con Dios, con el mundo y con la humanidad, y que sin ese dogma no puede existir idea primordial, ni sentimiento sublime, ni creencia sólida que vivifique nuestra alma y que aliente nuestra voluntad, y que por lo tanto nos hallamos en la imposibilidad moral de poseer una literatura importante y profunda, verdaderamente digna de tal nombre, y acreedora á ser objeto de la admiración y culto de la posteridad.

«En una sociedad sin religion, dicen, no pueden reinar mas que ideas insuficientes y estrechas, como reducidas al círculo de la realidad presente; pasiones bajas y rastreras, como relativas solo á intereses materiales y egoístas; apetitos ruines y miserables, como privados del vuelo y de la sublimidad de los instintos religiosos. Solo hay eco para lo actual, lo deleznable, lo interesado, lo mezquino, para lo terreno, en fin, cuando calla la voz de lo eterno, de lo inmutable, de lo elevado, de todo lo celeste, en una palabra. De aquí una literatura pobre, estéril y de poco alcance, correspondiente al estado análogo de la sociedad,

»y en armonía con su situación y sus tendencias. Hay mas todavía: no existiendo una serie fija, estable y permanente, de pensamientos sociales, que no se apoye en un dogma solemnemente reconocido; no poseyendo nunca los pueblos un sistema completo, perfecto y consecuente de opiniones, á no ser bajo el símbolo de una religion, ó por mejor decir, á no traducirse en una religion, tendremos que la literatura de una nacion incrédula, lejos de presentarse firme, segura, compacta y homogénea, se manifiesta incierta, vacilante, imperfecta y monstruosa, sin mas carácter para distinguirse que esta misma duda, imperfeccion y monstruosidad. Y este, insisten, es precisamente el caso de la actual literatura.»

Concluyen apoyando que los que confían en una restauracion religioso-cristiana, olvidan los hechos mas ostensibles de la historia y de la marcha natural que han llevado todas las religiones; porque «cuándo (se lamentan desconsoladamente), cuándo se ha visto que desacreditado ya un culto, muerta ya una creencia, vuelva á recobrar el prestigio perdido, á renacer de nuevo para la tierra, al menos en su propia y antigua forma?»

Otros creen que la revolucion que ha experimentado la literatura, si bien la ha hecho perder en fé moral y religiosa, ha abierto nuevas sendas á una filosofía mas completa, ha dado nuevo campo á la descripcion analítica de las pasiones que agitan la especie humana. «Esa revolucion (dicen) es espontánea, y los progresos de la civilizacion, mas tarde ó mas temprano, la debían de haber hecho. Desde los primeros siglos de ascenso intelectual que sucedieron á las edades llamadas bárbaras, todas las ciencias y todas las ideas eclécticas del hombre, han tendido á materializarse, y por un efecto de infalible reciprocidad, cuya causa es peculiar á nuestra naturaleza, que aspira siempre á existir fuera de su círculo particular, las cosas puramente materiales de la vida, se han lanzado en alas del espiritualismo. Ese sentimiento de un destino divino que caracteriza nuestra noble esencia, arrojado violentamente de la region de las ideas intelectuales y morales, se ha refugiado en el ser físico, y le vuelve ese vigor que la filosofía materialista cree haber desterrado de la naturaleza. El amor, que tan nulo era entre los antiguos, para los cuales estaba animada la creacion por un espiritualismo ingenioso, para los cuales estaba la idea dividida entre tantos objetos por carecer de esa intensidad de goces y de reflexion que exigen los afectos profundos, tomó entre los modernos un carácter eminentemente apasionado, que fué susceptible de revestir todos los matices de la expresion poética, desde el mas suave hasta el mas terrible, y de cobijar todos los extremos de la imaginacion, desde las emociones mas celestes hasta las aberraciones mas infernales. La melancolía, que era mirada por los antiguos solo como una enfermedad mental, y cuyo nombre mismo indica su origen físico pura-

mente, se hizo un nuevo númer dulce y poético. Las ruinas, mudas entre los pueblos disipados y voluptuosos, que no apreciaban mas que los goces reales; esas ruinas que cuentan la historia de las edades pasadas, y que amenazan al pensamiento la decadencia infalible de todas las grandezas y prosperidades, inspiraron al génio investigador de la nueva escuela. Ella se informó curiosamente de las miserias del hombre, cuyos altos destinos nos habian hecho abdicar nuestro estéril materialismo y escepticismo desdeñoso. Ella se inspiró de sus pasiones, y se apegó á sus debilidades; pintó con preferencia las agonías del dolor y las escenas de la muerte, porque en estas solemnes crisis es donde las potencias físicas del ser, luchando con su destruccion, parecen poder suplir á fuerza de expansion y energía al privilegio divino que la incredulidad le rehusa. Vendida por la filosofía ávida y cruel, la literatura sentia cada vez mas la necesidad de abrirse algun camino digno de ella. Los sofistas todo lo habian materializado, hasta el pensamiento; ella todo lo divinizó, hasta la misma materia: inventó en cierta manera el género descriptivo, dándole una extension desconocida de los antiguos, que no veian en él mas que un adorno, y que no sabian aprovecharse, á lo menos en los raros ejemplos que nos restan, de coordinar la impresion de hechos naturales á ideas morales de un orden serio é importante. Ninguna literatura (continúan) está tan conforme con las necesidades de la sociedad presente, en razon á que el sentimiento que nos inspira resulta del interés simpático que nos tomamos por las emociones y los dolores con que nuestro pensamiento se halla familiarizado.»

Las obras de Hugo, Byron, Balzac y Sand, no solo no son en opinion de estos críticos creaciones disparatadas de unas imaginaciones delirantes, sino documentos precisos para la historia filosófica del pensamiento sublime.

Qualquiera que, pese sin injusta predisposicion las razones de aquestos tres bandos, es seguro que se hallará perplejo en dar la preferencia á ninguna determinada. Todas son verdaderas y justas; tal es la particularidad de la literatura de la época. El ejercicio del pensamiento corrompido por un loco orgullo, se ha convertido en tormento para las inteligencias mas activas y mas elevadas. En todos géneros campean obras brillantes, pero siempre se echan de ver en ellas la poca firmeza, lo eterogéneo de la imaginacion metafísica de los hijos del siglo XIX.

CAMPOAMOR, poeta tímido y jovial al principio, cantor de las flores y de las emociones puras de la juventud, ha concluido por ser tambien intérprete de esos sentimientos vertiginosos, de ese frenesí que agita la mente humana en este tempestuoso intervalo donde se confunden los ensayos de una sociedad naciente, y las convulsiones de otra sociedad derrocada. Este carácter tienen *El alma en pena*, *El juicio final*, *Muertos y vivos*, y algunas otras, si bien se ven al lado de estas, varias de su primer género, entre

las cuales se distinguen *Las hadas*, *La compasión*, *Las dos almas*, y *El iris*. En todas se hallan pensamientos delicados, amenos y sublimes, una versificación dulce y melodiosa, y una flexibilidad, una ternura indecibles.

La mas importante, así por reunir en mas alto grado dichas dotes, como por sus tendencias, es el *Alma en pena*; pocas obras conocemos que revelen una fantasía tan poética, y viertan en el corazon tan májicas emociones. Sin curarnos de la intencion filosófica que el autor quiere atribuirle, y que nosotros no juzgamos ni muy espontánea, ni muy conforme con el desempeño de esta leyenda, vamos á dar una idea de ella.

Irene, amante de don Luis de Castro, muere, y su alma al entrar en los Cielos es condenada á penar por el mundo en espiacion de sus culpas. D. Luis se casa despues con Elvira, jóven bella por demas, pero de un corazon algo estragado. Perseguido siempre su marido por los recuerdos de Irene, acaba por fastidiarse de Elvira: sorprende un dia á un criado que llevaba á D. Pedro de Lara un billete de su esposa, donde despues de mil espresiones del mas tierno amor, le hablaba de su hija Ana. «¡No es mia!» grita D. Luis al leer el billete, y furioso, despues de buscar inútilmente para asesinarla á la que antes creia su hija, y como tal la amaba, asesina á Elvira, y un momento despues desahoga á D. Pedro. Ligados ambos brazos izquierdos, D. Pedro y D. Luis se dan cruelmente de puñaladas. El primero muere antes que el segundo, y despues de una lenta agonía, que sufre sin poderse desasir del cadaver, ve D. Luis moribundo el alma de Irene rogando á Dios por él en los Cielos; muere, y perdonado ya ante el emperador conducido por Irené y los ángeles.

Hay naturalidad á par que idealismo en los caracteres; sentimiento y filosofía en las reflexiones; lijereza, poesía y gracia en la narracion; pero lo que mas seduce es esa creacion májica del espíritu de la infeliz Irene, invisible y visible á la vez, rodeada siempre de una nube vaporosa y fantástica: sufriendo siempre la triste perspectiva de las infidelidades de su amado.

No obstante, campo hay, y no pequeño, así en el plan de la obra como en su ejecucion, donde pudiera cebarse un crítico acerbo que no tomara en consideracion como nosotros la inesperienza del Sr. Campoamor, y la necesidad que hay en España de tributar elogios á la aplicacion y al genio, por ser el único premio que por sus fatigas espera.

Para que sirvan como muestras de estilo y versificación, y como apoyo de nuestras aserciones, copiamos los siguientes trozos:

.....
Y al mismo tiempo empezaba
Del cuerpo de Irene á alzarse
Una celeste figura
Diáfana, bella, radiante,
Con formas tal vez marcadas,
Pero sin formas bastantes

Con que dar á sus contornos
Ni á sus perfíles carácter.

Vaga confusion de nieblas,
De aromas, de luz y de aire,
Que á todas imita, y todas
Carecen allí de parte,

Cuyas esencias son solo
Las que al espíritu atañen,
Y cuyo ser en la mente
Se enjendra, alimenta y cabe.

Fantasma que, concebido
Por un delirio suave,
Siempre á la torpe influencia
De los sentidos se evade,

Y que brilla abandonado,
Débil, tibio, agonizante,
Como sombra de otra sombra,
Como imájen de otra imájen.

.....
Desde el dintel de la vida,
Hasta el borde de la tumba,
Va el hombre sembrando el jermen
De su dicha ó desventura.

Y en vano, si espinas coje,
Maldice la tierra inculta,
Pues creer que nace otro fruto
Mas que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido
Mil esperanzas confusas,
Que son de mil desengaños
Tantas imájenes turbias.

Levanta en su idea faros
Para que alumbren su ruta,
Y nubes de pensamientos
Sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre
Imprecia á su suerte dura,
É ignora que ayer sembraba
Los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
Los males de hoy nos anuncia,
El de hoy podrá ser mañana
De nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre
A su providencia injusta,
Si antes de entrar en la huesa
Volviese á mirar su cuna.

.....
Y antes que débil el alma
Rindiese en su pesadumbre,
Exaltado en el delirio

En que su dolor le sume,

Volvió exánime los ojos
A las inmortales cumbres,
Y vió ante el Señor postrada

De Irene la imájen dulce,
Que ya olvidando á su muerte
Sus negras ingratitudes,
De su perdon en demanda
De Dios á los pies acude.

.....
Sonriéndose el Eterno
Con celestial mansedumbre,
En santas aclamaciones
Acorde el Cielo prorrumpo:

Y de su gracia impulsado,
Sobre arrebolada nube,
Delante de Irene un ángel
A dar el perdon acude

Al alma que, atribulada
Con tétrica incertidumbre,
Ya de la cárcel terrena
Rompe los lazos comunes.

Y poco despues se vieron
Sobre los aires azules
De Irene y don Luis las sombras
Rodeadas de eternas luces,
Y mostrándolas alegres
La pátria de los querubos,
Gloriosamente en sus manos
A entrambas el ánjel sube.

RECUERDOS HISTORICOS

A Santyac, tropas del Islam! A la Meca de los cristianos! Ruina y destruccion á la Caaba de los infieles! Sean para ellos estos dias los dias de juicio! Sean nuestras espadas las hoces que sieguen esa mies maldita del profeta!»

«A Santyac, muslines! Allí las diestras vencedoras tienen nobles cabezas que cercenar. Allí hay para los jóvenes vestidos preciosos, doncellas como huries y campos floridos; hay para todos la gloria que engrandece y santifica, los tesoros que nos han robado los infieles en dias aciagos.»

«Sí, Dios es con nosotros, en vano bajarán de sus montes como águilas todos los de Galicia y Alvascande, Dios los convertirá á nuestra vista en palomas. Sí, Dios nos conduce, importa poco que la gente de Galicia sea la mas aguerrida de los cristianos, la mas animosa del Afranc; Dios hará que su corazon tiemble y que sus brazos flaqueen.»

«Dios está con nosotros! Sí, valientes, Dios nos guia, que ya veis como sus cuervos, nuncios de muerte, van graznando delante de nuestras banderas; ya veis como las puntas de las lanzas brillan al rojo sol de occidente como si estuvieran ya mojadas en sangre.»

Dios nos guia, porque vamos á derribar las cruces de los alminares cristianos y á enarbolar en sus altas cúspides el pendon de la ley y la doctrina; vamos á vengarnos del Santyac que humilló al grande Abderahman, del ídolo que invocan nuestros enemigos, y á probarles de una vez que el verdadero grito de guerra, el solo grito que dá las victorias es: — «¡Dios es el mas grande y poderoso!»

Y hablando de este modo, Almanzor arrasaba tras sí cien taifas de caballería y cien compañías de peones que bajaban al occidente, raudas como las corrientes del Sil y del Miño, en cuyas aguas se retrataban sus crujiertes armaduras y sus tostados semblantes.

Las márgenes de aquende y allende los rios se veian cubiertas de caballos; de los caballos de Córdoba, enjendrados por el viento; de los caballos de Toledo, que derraman en la lid mas

espuma que las cascadas del Tajo; de los caballos de Mérida, que son ardorosos como el clima de su patria, y se han nutrido en amenos prados.

Los peones caminaban sobre el tomillo de las alturas. Sus cabezas despendian luz, la luz que el sol rielaba en los lazos de pedrería de sus turbantes. Sus pies, avezados á las gazuas y á todos los terrenos, pisan los escaramujos vestidos de mas rosas que espinas, y los doblegan para que les sirvan de alfombra. Paréceles que viajan por las sendas del paraíso, porque en vez de dolores y cansancio, solo sienten los perfumes de la salvia, del romero y de la alhucema. La nieve de las cimas que el suave aliento de abril no ha podido aun derretir, en vez del frio que entorpece les envia el fresco que vigoriza.

Esta poderosa hueste es la tempestad que estraga los campos, el huracan que sacude, y desgaja, y arranca y derriba. Nada hay mas fuerte que ella, porque es el poder de Dios. Ella arruina las fortalezas almenadas; abrasa las alquerías flacas y las ciudades de torreados muros; arrebatá las riquezas como el viento de otoño las hojas; apaga las vidas de todas las edades con sus resoplidos de muerte; obliga á los leones de los montes á refugiarse en sus guájaras y precipicios.

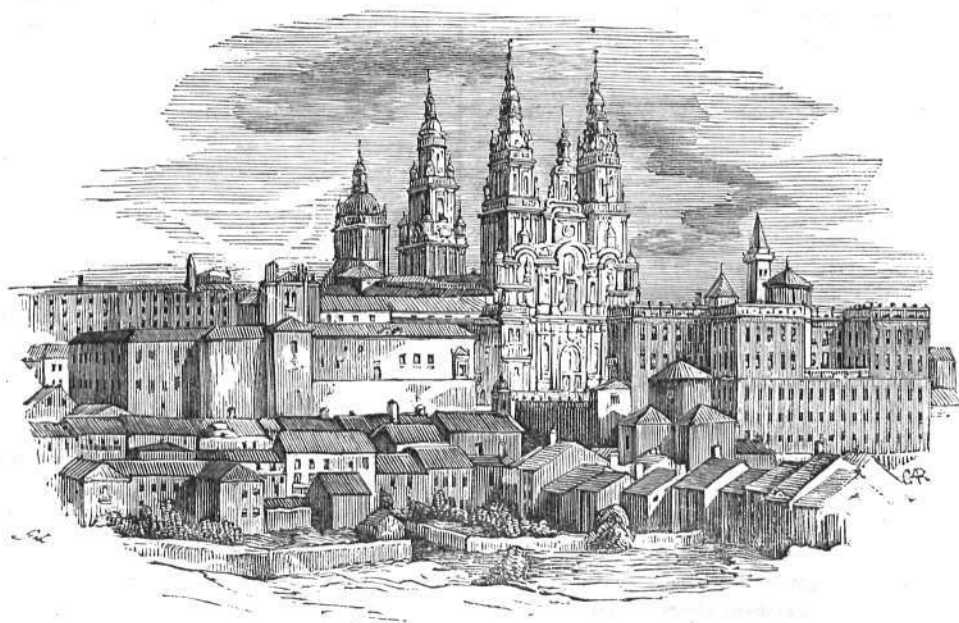
Tiembla y se estremece la tierra que pisan. Cien leguas en torno se han sacudido. Los ecos de los montes bramaron con las voces de alarma, repitiendo incesantes los sonos de atambores y añafes. Las fuentes, los rios, el mar del ocaso han retratado en sus aguas revueltas, horrorosas escenas de incendios y matanza. Almanzor lo asola todo. Los cristianos mismos queman los lugares y las aldeas, y se sepultan en los senos impenetrables de la sierra, ó se acojen á las ciudades y castillos.

Ni allí están seguros, que Almanzor dice: — «Dios nos ha enviado para acabar con los réprobos,» — y el alarhe repite: — «Dios nos ha enviado», y aportilla los muros, y rompe las puertas, y escala las almenas, y descabeza los valientes.

Se acojen á Santiago, al templo de la esperanza, y las taifas de Almanzor galopan en pos de ellos, osadas en demasia, porque han jurado vengarse del Sautiagio que dá favor y victorias á los cristianos.

Solo se han detenido para hacer la azala del alba, y despues siguen galopando. Santiago, la estrella de los peregrinos, se divisaba al pie del monte. Siéntese de bien lejos que ruje en ella una muchedumbre de leones, mas Almanzor no teme, porque Dios le ha enviado para acabar con los réprobos.

Teme, empero, su hueste; recela acercarse al santuario español, y Almanzor que lo vé, grita enfurecido: — «El musul que se acobarda ante el enemigo, es vil; el musul que desconfía de lo que Dios ha escrito peca contra la ley. En aquellas torres han de ondear hoy las banderas del Islam.»



(VISTA DE SANTIAGO.)

Y se adelanta contra la ciudad, y los peones y caballos caminan en silencio tras su caudillo que los guía por entre frondosas robledas; pero desde la ciudad bien los han visto, y está ya concertado el orden de la defensa; los adalides y sus tercios en los sitios convenientes, y las mujeres, los niños y ancianos en las casas fuertes y en el templo.

«¡A ellos, que Dios los ha contado!» exclamó Almanzor, revolviendo su feroz alazán. Horribles torbellinos de saetas vuelan por los aires, conmovidos con desmedida algazara. Los cristianos se defienden con bárbaro valor, pero no pueden resistir el ímpetu moro, y caen á millares, inmóviles en sus puestos, como buenos. Los alfanjes moriscos despedazaban las espadas de los españoles como si fueran copas de vidrio, y hendían de alto abajo los yelmos y las cotas, y abrían los cráneos mas duros que el acero.

«Animo, muslines, buen ánimo en este santo alghihad; la pelea es el camino de Dios, el premio de vuestro martirio es el paraíso. Dios nos ha enviado y no horrá lo que está escrito, que Dios no es como los hombres, ni se parece á cosa alguna de las criadas por su poderosa mano.»

Así confortaba Almanzor á los suyos, entre tanto los cristianos voceaban: «¡Santiago! ¡Santiago!» pero con poca fé, porque temían; con voces que no salían del corazón, porque estaba oprimido como grano de trigo debajo de la piedra caída del muro. En las casas fuertes y en el templo se tapaban los oídos para no oír el estruendo de la pelea, y oraban, pero pensando en el

cautiverio y en la pérdida de las riquezas escondidas.

Era inútil el ardimiento de los adalides cristianos; el terror había llenado el pecho de los soldados, y la muerte seguía al terror, armada de mil guadañas. Volteaba sobre Compostela la muela de la batalla. Los árabes arrasaban la ciudad, y empapaban sus alfanjes en sangre, y entregaban á las llamas los edificios, rabiosos porque no hallaran tesoros y preciosidades.

La pelea continuaba en el centro, en derredor del templo que Almanzor se empeñaba en profanar, porque lo había jurado. Sus puertas de bronce habían sido ya arrancadas de los quicios; los muros que le circuían estaban derruidos en mil partes: el pavimento se veía regado con humana sangre, y sembrado de cadáveres. Pocos pasos faltaban para llegar al santo Sepulcro; pocos cristianos quedaron para defender aquel tesoro. Solo mediaba, entre estos cristianos y los osados muslines, una ancha y profunda fosa llena de agua roja.

Entonces el agua de la ancha fosa principió á hervir como las aguas del río del averno, que sostiene el delgado puente de Sorat. Un espantoso eclipse cubrió la luz del Sol de oscura amarillez. El último asilo de los cristianos lanzó resplandores que cegaban, rayos que calcinaban, truenos que hacían retremblar el mundo.

«Huyamos!» Clamaron á una las huestes árabes. «No perdamos la prez de tantos trabajos; huyamos que bastantes despojos hemos amontonado, bastantes cautivos hemos hecho, y tenemos ya en

nuestro poder trofeos de gloria, testigos de nuestra pujanza.»

«No por Dios! respondió Almanzor; aun no hemos cumplido nuestros juramentos; no temáis que nada tiene el Sol con las empresas de los hombres; y esos meteoros encendidos son obra de hechiceros, que nada pueden contra los que pelean por el Islain.»

«¡Huyamos!» repitieron las luestes, y huyeron sin que Almanzor pudiese contenerlas, llevando por delante 4,000 cautivos mozos y doncellas, y muchos ganados y despojos. Las enormes campanas del templo del Cebedeo iban también cargadas sobre los hombros débiles de los infelices cautivos, que se mudaban á menudo de cien en cien.

Y huían así, temerosos de las iras del cielo, y de los cristianos que venían de todas partes sobre ellos; se alejaban, acosada su vanguardia, sus alas, y su zaga por las tropas de Bermudo y por la espada de Dios. Cuando llegaron á Córdoba, Dios sabe los que habían muerto, y allí, aunque se hallaban entre los suyos, temían; y juzgaban voces de infausta pelea los cantos de euhorabuena, y el sonido de los instrumentos les parecía ruido de armas.

En el patio de la grande Aljama de la mezquita de las 57 calles de columnas marinéreas, mas magnífica que la de Bagdad, se colocaron las grandes campanas, trofeos del arroyo de Almanzor, en medio de las aclamaciones del pueblo y con grandes demostraciones de alegría.

Solo Abi Anas no aclamó ni se alegró, sino

que lloró á la vista de aquellos trofeos, y en medio de su llanto, derrainado á escondidas, murmuró versos satíricos, que presagiaban desventuras y ruina....

Ay! aunque tardaron 200 años, esos días vinieron: lo que Dios tenía escrito sobre tablas de diamante, se cumplió. Córdoba fué ganada por Fernando; y los nietos de los que habían profanado el templo de Compostela, tuvieron que volver á él sobre sus hombros las enormes campanas, sacrilego trofeo de Almanzor.

Al oírlas sonar ahora en las elevadas torres de ese templo restaurado, ¿quién no recuerda tantos combates y tantas glorias?

J. M. GIL.

Adios, á la lira.

(IMITACION DE LAMARTINE.)

HAY un hora de sosiego
en la que natura calla,
y todo duerme en la tierra,
hasta la misma esperanza.

Se suspende el movimiento
en fúervida y triste calma,
y á la sombra de los bosques
reposa dormida el aura.

Así hay un tiempo en la vida,
en que yace inerte el alma,
y de la lira el auxilio
el genio en vano reclama.

El ave de voz mas dulce
no siempre dichosa canta,
que en el ardor de la siesta
yace muda en la enramada,

Y solo saluda alegre
la luz risueña del alba,
ó en la tarde se despiden
del crepúsculo que pasa.

En vano ¡oh lira! tus cuerdas
armónicos sonos guardan;
llegó el momento temido
que por siempre nos separa.

Ven, de mis ojos recibe
estas lágrimas amargas,
sobre tus trémulas cuerdas
corrieron ¡oh lira! tantas!...

Es el tesoro que abunda
en aquesta tierra ingrata,
dó tienes por solo adorno,
de ciprés mustia guirnalda.

Toda voz que al viento envías
es melancólica, infausta,
que el ruiseñor y el poeta
solo suspiran si cantan.

Para adormir sus dolores
al hombre fuiste otorgada;
solo devuelven tus ecos
sus recuerdos ó esperanzas.

Sin tonos para la dicha,
de las fiestas desterrada,
ibas conmigo entre sombras
á una tumba solitaria;

Y de los sauces del río,
pendiente en las tristes ramas,
los céfiros en tu centro
dulces quejas murmuraban.

Nunca cautiva gemiste
al humbral de régia estancia,
ni de contrarios partidos
supiste ensalzar la saña:

Libre como el pensamiento,
y cual él aliva y casta,
solo de amor al suspiro,
vibraron tus cuerdas blandas.

Dó quiera que me condujo
contigo la suerte avara,
un eco encontré celeste
de los gemidos del alma.

Al nacer la nueva aurora,

en las selvas y montañas,
á las aves en su nido
tus acentos despertaban.

También del mar en los llanos,
buscando extranjera playa,
al triste rumor del viento,
de las olas y las jarcias,

Y á los lívidos incendios
que el relámpago dilata,
tus agrestes armonías
volaban sobre las aguas,

Como el ave de tormentas,
que en el mar moja sus alas,
los temores del peligro
despreciando tu arrogancia.

Tal vez, ¡oh lira! á volverte
á esta mano fatigada,
del porvenir llegue un día,
que ya el destino señala.

Cuando de sueños divinos
venga seguida la parca,
al cansancio de la vida
su quietud brindando larga.

A los hombres el olvido
juventud nueva prepara,
y siempre mas viva luce
la lámpara que se apaga.

Igual el céfiro puro
sopla en la tarde y el alba,
y juega en nacientes rizos,
y juega en la barba cana.

La vejez no abate á Homero,
aunque de nieves cargada,
y la luz del pensamiento
al ciego Milton le basta,

En torno á sus grandes sombras
las ilusiones aun vagan;
así el insecto felice

que á Flora acaricia y ama,

Del sol al postrer reflejo
parece deber sus alas;

y así yo... mas ¡oh delirio,
que compasivo me engaña!

Tal vez antes de aquel día
que á mi vuelvas, lira cara,
en el naufragio perezca
con que el cielo me amenaza.

Del huracán al bramido
será mi voz sofocada,
y al impulso de las olas,
cual esas marinas algas,

Irán rodando mis huesos
á dormir en tierra estraña;
mas vive tú, dulce lira,
flotando sobre las aguas.

Sobre el abismo profundo
donde mi mano te lanza,
sigue el impulso del viento,

y escollos y sirtes salva;
Y la huella armoniosa
que traces, siguiendo vaya
en los aires suspendida,
de cisnes la tropa alada.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.



MOVIMIENTO LITERARIO.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA,

*narracion histórica de los sucesos políticos de aquella época
y de la constitucional de 1820 á 1823, acompañado de
una reseña de los reinados de Carlos IV y de Fernando
VII, hasta la muerte de este último.*

Hemos visto las dos primeras entregas de esta obra pintoresca que ha de salir con mas de 1000 grabados en madera y láminas sueltas, y hemos quedado complacidos de su ejecucion en estas primeras muestras. No es objeto de nuestro periódico indicar nuestro juicio político respecto á los acontecimientos que en esta obra se han de narrar; y esto supuesto, nos limitaremos á manifestar nuestra opinion acerca del desempeño literario de la obra. Si la instruccion, la imparcialidad y la buena fé son dotes que deben adornar á un buen historiador; mucho nos dan derecho á esperar los conocimientos y moralidad del Señor Príncipe, á quien tenemos entendido se ha confiado la narracion de uno de los periodos de mas difícil desempeño en nuestra historia. Tal es el relato de los acontecimientos que tuvieron lugar en el reinado de Carlos IV; acontecimientos que no han sido presentados acaso bajo su verdadero punto de vista, y que por lo mismo de haber jugado en ellos las pasiones, están sujetos á no pequeño número de controversias. Nosotros venimos al Sr. Príncipe caminar con todo el esmero propio de un escritor concienzudo, filosofando sobre los hechos, y no aventurando sus asertos sino despues de un examen detenido, y esta cualidad es el mejor garante de la imparcialidad y de la buena fé que presidirán á su escrito. Por lo que respecta á las cualidades pura-

mente literarias, escusado es decir del Sr. Príncipe, siendo un escritor tan ventajosamente conocido, que no ha de perdonar medio alguno de ostentar las brillantes dotes de imaginacion y de juicio que le adornan. Vemos en efecto un lenguaje esmerado y correcto, y una elegancia severa, cual es la que debe caracterizar á la historia, y no pensamos equivocarnos al augurar los nuevos laureles que le esperan en un género harto diferente de lo en que hasta ahora tan distinguidamente se ha señalado.

—Hemos visto las dos primeras entregas del *Archivo Católico*, periódico que se publica mensualmente en Cadiz, en cuadernos de á 96 páginas, de buen papel y esmerada impresion. Recomendamos á nuestros suscritores esta publicacion, cuyo pensamiento de dar á conocer los triunfos y persecuciones del Catolicismo en el presente siglo, no puede menos de prestar algun interés para todas las personas sensatas.

Se suscribe en Madrid en la redaccion del Arpa, establecida en la calle de Sta. María del Arco, núm. 31, cuarto 2.º, á cinco rs. al mes.

—PERSONAJES CELEBRES DEL SIGLO XIX, por uno que no lo es. Cada día adquiere mayor interés esta esmerada y escogida publicacion, que no dudamos figurará en los estantes de todos los literatos, y en los salones de la buena sociedad.

Acaba de publicarse la entrega sesta que comprende la biografia del conde de Floridablanca, y sabemos que van á seguir la de otros españoles ilustres. Las cinco que preceden son las de Jovellanos, Wellington, Thiers, Mehemet-Ali, y Ibrahim Bajá.

—Dentro de pocos dias verá la luz pública una preciosa novela titulada: «DOS MUJERES» escrita por la Sra. Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, con cuya colaboracion nos honramos. Pertenece al género analítico-social de Balzac, y á juzgar por la impresion que nos ha causado su lectura, debemos augurarle la favorable acogida que han tenido las demas obras de esta eminente escritora, gloria y orgullo de su sexo.

—Desde primeros del presente ha comenzado la publicacion por entregas de un tomo de poesías serias y festivas del Sr. D. Juan Rico y Amat, joven muy conocido en las sociedades literarias de esta corte.



IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.